

proceder contra los obispos; y hé aquí los términos de los Cánones cuarto y quinto, los mas famosos de Sárdica: «Si un obispo condenado en su provincia, se cree mal juzgado, los jueces de la causa escribirán al Obispo de Roma, para honrar la memoria del bienaventurado Pedro su antecesor; y si el Pontífice juzga que debe abrirse de nuevo el juicio; se principiará otra vez, y él mismo dará jueces de aquel término ó lugar; pero si no encuentra nada que reformar en la sentencia, quedará por este mero hecho confirmada y concluida la causa (1).» Añádese que el Papa podrá encargar el juicio de estas apelaciones á los obispos de la provincia vecina, y aun enviar un sacerdote en calidad de legado suyo, segun su prudencia lo juzgue oportuno. «Cuando un obispo, depuesto en su provincia, declarase que apelaba á Roma, no se ordenará ni pondrá otro en su lugar, hasta que el Obispo de Roma decida.» Debemos notar aquí que esto no era crear para la Silla Apostólica una jurisdicción nueva ó una nueva prerogativa de que careciese, sino atestiguar y sostener las que habia recibido de San Pedro. Es tan poco nuevo este derecho, que entre los que le reconocen y arreglan el uso de él en estos cánones de disciplina se cuentan el gran Atanasio, primer patriarca de Oriente, Asclepas de Gaza, y Marcelo de Ancira, todos los cuales han experimentado ya sus efectos, toda vez que citados á Roma, comparecieron en ella y fueron restablecidos en sus sillas. Es verdad que despues se presentaron al Concilio de Sárdica; pero fué para confundir mas y mas la mala fé de los arrianos, con tanta mayor razon cuanto que ellos mismos los habian citado ante el Soberano Pontífice, pero que previendo cuál seria la sentencia de los Padres, no se atrevieron á presen-

(1) Can. 3, 4 et 5.

tarse; rebeldes ya á la Santa Sede, lo fueron tambien al Concilio (a).

Para amenguar algun tanto la fea nota que contra la impiedad arriana fulminó el Concilio de Sárdica, reuniéronse en Filipópolis los orientales, que se habian retirado de aquel Concilio, y pretendieron dar á su conciliábulo la autoridad y el nombre de Concilio legítimo. Fueron de tal modo engañados muchos católicos ilustrados, que la confesion de Filipópolis está en los fragmentos de San Hilario de Poitiers con el nombre de símbolo de Sárdica. Presentaba efectivamente un sentido muy ortodoxo, y solo le faltaba la palabra *Consubstancial*; mas los impostores que formaron aquella confesion, no usaron de la misma circunspeccion en el resto de su conducta. Su temeridad llegó hasta el punto de excomulgar á los prelados mas respetables del Occidente, Osio de Córdoba, San Maximino de Tréveris, y hasta al Papa San Julio. Publicaron una carta sinodal, fechada en Sárdica, donde efectivamente pudieron haberla escrito, y la dirigieron á todos los obispos del mundo cristiano, y entre otros á Donato, obispo donatista de Cartago (1). Ponian mucho empeño en atraerse estos cismáticos á favor de sus intereses, y oponerlos á los católicos de aquella iglesia distinguida, singularmente á Grato, su obispo, que se habia encontrado en el Concilio de Sárdica con treinta y cinco de sus sufragáneos; pero ni aun tuvieron esta miserable satisfaccion, pues los donatistas perseveraron en la fé de la con-

(a) Terminado que fué el Concilio de Sárdica, regresó el grande Osio á su iglesia de Córdoba, y en este mismo año juntó un Concilio en su ciudad, y lo presidió él mismo. En él confirmaron los Padres cuanto se habia determinado en el de Sárdica, y todos protestaron de nuevo su adhesion y firmeza en sostener el símbolo de Nicea. A este Sinodo le tiene por nacional ó plenario de España el Emmo. señor cardenal de Aguirre; de donde se infiere cuán verdaderamente católico era el espíritu que reinaba entonces en esta Santa Iglesia. Véase el tomo 4 de la coleccion de Concilios de Aguirre. (N. del E.)

(1) Tom. 2 Concil. p. 699.

substancialidad y en mirar con horror el arrianismo, aunque sin volver á la unidad.

Parece que Grato, á su regreso de Sárdica, habia pedido al emperador Constante que estendiese su religiosa solicitud á las iglesias del Africa; y este principe, siempre dispuesto á servir á la Religion, envió inmediatamente allá dos comisarios de alto rango, encargados únicamente, al parecer, de repartir limosnas y socorrer á los necesitados en cada iglesia; mas debian exhortar á todos á que abandonasen el cisma y tornasen al seno de la unidad católica, aunque sin intentar cosa alguna que pudiese parecer violencia. Sin embargo, los gefes de los donatistas hicieron cundir la voz de que la venida de esos comisarios no tenia otro objeto que el de perseguirlos, y el falso obispo Donato declamó contra ellos con la mayor insolencia, habló injuriosamente del mismo emperador y prohibió á todos recibir las limosnas.

Otro Donato, obispo donatista de Bagaya, levantó erguidamente el estandarte de la rebelion congregando á los circunceliones, aquellos bandidos fanáticos que talaban los campos con las armas en la mano, y á quienes los mismos obispos cismáticos se vieron obligados á abandonar al rigor de las leyes. Fué indispensable recurrir á Silvestre, conde de Africa, el cual los echó de sus ciudades con su clero; pero los rebeldes no se sujetaron sin pelear, y así las gentes armadas de una y otra parte inundaron de sangre y estragos el pais. Donato de Bagaya se arrojó desesperado en un pozo, al ver que su partido era el mas débil. Un tal Márculo se tiró desde lo alto de una roca; y los donatistas honraron á estos enemigos públicos como si fueran mártires (1).

Aunque los obispos católicos no habian tenido la menor parte en las medidas de

(1) S. August. Tract. 11, in Joann.

rigor que el amor al orden y una justa defensa hacian indispensables, no por esto dejaron los cismáticos de servirse de esta ocasion para calumniar á la Iglesia, y los caudillos del cisma se manifestaron mas obstinados; empero gran parte del pueblo volvió á la obediencia de los legítimos pastores.

Despues de su reunion juntó Grato de todas las provincias de Africa un numeroso Concilio, llamado comunmente el primero de Cartago; pues si bien antes hubo allí otros muchos, particularmente en tiempo de San Cipriano, este es el mas antiguo cuyos Cánones hayan llegado hasta nosotros. Contener los abusos introducidos por el cisma, fué su principal intento. Los cismáticos tenían por nulo el bautismo conferido fuera de la comunión de Donato: y el Concilio prohíbe en general bautizar de nuevo á los que ya lo hayan sido en el nombre de la adorable Trinidad. Tambien prohíbe tributar los honores del martirio á los que se hayan precipitado ó muerto de cualquier otra manera, por entusiasmo, fanatismo ó desesperacion. En fin, se condena la usura sin distincion de estados.

Constante, que no se concretaba á hacer que floreciese la Religion en sus provincias, supo los nuevos excesos de los eusebianos, que seguian contando con la proteccion de Constanzo. En Andrinópolis, adonde pasaron despues de su desercion de Sárdica, hicieron fuesen degolladas diez personas por su adhesion á la antigua fé (1). Por la misma causa murió Lucio, obispo de la ciudad, con aquellas sus predestinadas ovejas. Los dos obispos de Arabia, Macario y Astero, que habian dado en rostro á sus seductores separándose de ellos al llegar á Sárdica, fueron desterrados despues de haber tenido que padecer las mas crueles vejaciones. Mas el blanco principal

(1) Athan. ad Solit.

de su odio era el grande Atanasio. En los puertos y en las puertas de las ciudades por donde habia de pasar, pusieron guardias durante mucho tiempo, y aun enviaron órdenes á los jueces de Alejandria para que si este Patriarca ó algunos eclesiásticos de su parcialidad estaban en la ciudad ó en su territorio, los degollasen.

Tantos y tan repetidos atentados obligaron á Constante á proceder seriamente con su hermano. En Milan, donde el emperador de Occidente tenia su corte, acababan de ser condenados los errores de Fotino, obispo de Sirmio, que eran casi los mismos que los de Pablo de Samosata. El Concilio de Sárdica habia fallado contra Ursacio y Valente, que principiaban á hacer el primer papel entre los sectarios, aunque faltos de ciencia y sin mas principios que el ansia de hacer fortuna por el crédito de una secta intrigante. Fueron reducidos á pedir perdon de sus errores estos hipócritas, que sabian el arte de acomodarse á las circunstancias; mas el emperador y los obispos de Occidente aspiraban á ejecutar por entero todos los decretos de Sárdica, y á restablecer los prelados orientales injustamente depuestos. Al efecto se envió al emperador Constanzo una diputacion compuesta de los obispos de Cápua y Colonia, Vicente y Eufatas, á quienes asoció Constante al pretor Saliano, con el carácter de ministro suyo. Dióles Constante una carta para su hermano, en la que le hablaba como un príncipe que estaba resuelto á no fiarse ya de engañosas promesas, y al mismo tiempo que le pedia le daba á entender lo mucho á que se esponia si desatendia su peticion.

Conociéron los arrianos todas las consecuencias de esta embajada, y para impedir su resultado resolvieron perder á los obispos diputados. Estaba Constanzo en Antioquia, cuyo patriarca Esteban, uno de

los botafuegos del partido, no se negaba á trama alguna. A peticion de este vil obispo, un jóven sin vergüenza solicitó á una muger pública para que fuese á pasar la noche con unos extranjeros, asegurándola que la recompensarian liberalmente, sin explicarse mas (1). Acudió ella á la hora señalada, y por medio de un criado de la casa en donde estaba Eufatas, fué introducida al cuarto en que este dormia. Al ruido que movió al entrar, despertó el obispo y preguntó quién era, y no oyendo sino la voz de una muger, prorrumpió con un grito de sorpresa é indignacion. Acercáronse al momento con luz á su lecho muchos falsarios que estaban apostados para dar testimonio, y sin mas pruebas comenzaron á tratar de eriminal al obispo. La muger por su parte, viendo el aspecto de un viejo venerable y todas las señales de un santo obispo, gritó en el primer movimiento, que la habian engañado. Corrieron en tropel todas las gentes de la casa, cerraron las puertas, y prendieron siete falsarios, los que fueron puestos en custodia con la muger.

Divulgado el suceso al dia siguiente por toda la ciudad y la corte, instó vivamente el pretor Saliano á Constanzo para que aclarase este misterio de tinieblas. En el palacio se hicieron las informaciones, y se procedió segun las fórmulas, tanto civiles como eclesiásticas, las que ya entonces eran diferentes. Protestaron los obispos contra la efusion de sangre y el tormento: Saliano por el contrario, y el emperador, á quien él supo persuadir ó intimidar, opinaron que se aplicase el tormento, y apenas lo hicieron cuando los arrestados descubrieron toda la trama, quedando comprobado que habia sido urdida por orden del patriarca Esteban. Entregaron el prelado culpable á

(1) Theod. lib. 11, cap. 9.

los obispos que estaban en la corte, los que le depusieron separándole de su iglesia.

Mas los arrianos tuvieron aún bastante crédito para sustituir en lugar suyo á Leoncio, uno de aquellos malos súbditos á quien San Eustacio habia negado como á Esteban la entrada en su clero. Dábanle á este el sobrenombre de Eunuco, y él mismo se habia hecho tal con una intencion aun mas reprehensible que la accion misma (1). Amaba en extremo á una jóven que habia seducido, á la cual hacia pasar por virgen libre de toda sospecha; mas viéndose precisado á romper este comercio impuro, se habia castrado por sus propias manos para conservar siquiera la libertad de habitar con el objeto de su pasion. Por esta razon y de conformidad con los Cánones de Nicea le depusieron del sacerdocio á que habia sido elevado despues de la espulsion de San Eustacio; mas esto no estorbó á los arrianos elevarlo por fin á la gran silla de Antioquia.

Este extraño patriarca entrometió en el clero y defendió en cuanto pudo á Aecio, pretendiente aun mas despreciable é hijo de un malhechor ajusticiado públicamente, reducido él mismo á la esclavitud, despues calderero y ladron conocido en su oficio, luego médico ó charlatan, sofista ridiculo, y por último dogmatizador tan grosero y tan impio, que el pueblo le apodó con el sobrenombre de *ateo* (2). Consiguió sin embargo una odiosa pero grande fama por ser mas consecuente que los otros sectarios de Arrio, y se puso al frente de una secta de arrianos, que pareció nueva, porque era la mas osada ó la menos disimulada. Afirmó, pues, que el Verbo no solo no era ni consubstancial ni igual al Padre, pero ni aun parecido á él: extremo á que habia llegado

(1) Teodoret. hist. lib. 2, cap. 24.

(2) Philostr. lib. 3, cap. 3.

por su temeridad en profundizar los misterios del Ser Divino, que se jactaba de entender con tanta claridad como se conocia á sí mismo, aunque apenas tenia la menor instruccion en las divinas Escrituras, y mucho menos en las obras de los Padres. Algunas nociones confusas de lógica y una estremada aficion á disputar, junto con mucha presuncion y una gran fuerza de pulmones, formaban todo su mérito. Nunca pudo persuadirse que hubiese una generacion eterna en Dios, porque no hallaba medio de concordarla con las categorías de Aristóteles. Respecto á las costumbres, ningun aprecio hacia de los ayunos, ni de las oraciones, ni de género alguno de buenas obras, ni aun de la observancia de los preceptos del Decálogo, limitando todo el cristianismo á la fé ó al conocimiento del Ser Supremo. Un dia que delante de él se estaban lamentando de algunos de los mas groseros escesos cometidos contra la castidad, empezó á chancearse sin pudor sobre el particular, y á esta pasion vergonzosa la calificó de necesidad natural é indiferente.

A vista de unos escándalos tan monstruosos principió á abrir los ojos el emperador Constancio. Sea por rectitud de alma, ó bien por temor á su hermano, alzó el destierro á los sacerdotes y diáconos de Alejandria adictos á san Atanasio, vedando molestar á nadie por esta causa. Habiendo muerto el usurpador de esta silla, consultó Constanzo á los obispos de Oriente, y le aconsejaron restableciese á Atanasio, antes que esponerse á una guerra civil. Escribióle al punto una carta muy espresiva, dándole á entender que estaba poseido de la mayor compasion por lo que habia sufrido durante su destierro, é invitándole á volver cuanto antes para ser la felicidad y la alegría de sus ovejas. No se apresuró Atanasio á venir, como que sabia por esperiencia el fingimiento natural de este emperador, y el po-

der que sobre él egercian los malvados que le rodeaban. Constanzo le escribió segunda y tercera carta, y aun despues hizo le escribiesen tambien los oficiales, en quienes sabia que Atanasio tenia mas confianza.

Por último, condescendió el santo Patriarca y partió para Alejandria. Como no habia querido dejar el Occidente sin ver al piadoso emperador, creyó que convenia hacer lo mismo con Constanzo, y pasó por Antioquia, en la que algun tiempo antes habia fijado la corte. El príncipe le hizo grandes honores y manifestó un placer extraordinario al verle, y aun parecia que obraba de buena fé, prometiéndole con juramento que ya no volveria á dar oídos á las calumnias que se publicasen contra él. A pesar de esto vivió Atanasio en la corte de este príncipe como en todas partes. En todo el tiempo que permaneció en Antioquia no comunicó de modo alguno con el patriarca Leoncio, sino solo con los eustacianos, á saber, con los fieles adictos á la doctrina del último Patriarca ortodoxo, la que seguian en toda su pureza, aunque estaban en el centro de la heregia. El emperador, antes de dejar ir á Atanasio, le pidió una iglesia de Alejandria para los que no eran de la comunión del santo patriarca. «Vengo en ello, respondió con una presencia de espíritu admirable, con tal que se conceda otra en Antioquia á los fieles que conservan la fé de Nicea.» Justa pareció al príncipe la proposición; mas los arrianos no la quisieron aceptar, persuadidos de que su doctrina no haria grandes progresos en Alejandria bajo de un obispo como Atanasio; y que por el contrario, si los eustacianos obtenian una iglesia para reunirse libremente, pronto resucitaria en Antioquia la fé antigua por su divino influjo y por la fuerza de la verdad. Constanzo no le pidió nada mas, y aun envió tambien á sus diócesis á Marcelo de Ancira y á Asclepas de Gaza.

Atanasio tomó su camino por Palestina, cuyos obispos en general pensaban con rectitud, y abrazaron altamente su comunión hasta diez y siete, siendo el primero de ellos Máximo de Jerusalem. Inmediatamente entró en Egipto desde allí, y no es dado explicar la alegría que mostraron todos al verle despues de tantas persecuciones y de tan larga ausencia; alegría digna en verdad de la causa que la producía. Celebrábanse inocentes convites en los que los pobres tenian la mejor parte: eran vestidos los huérfanos y las viudas: los maridos y sus mugeres celebraban á porfia las alabanzas del Hijo de Dios triunfante de sus blasfemadores: las casas particulares parecian otras tantas iglesias destinadas á las divinas acciones de gracias y á la recomendación de las virtudes: muchos jóvenes abrazaron la vida solitaria: las doncellas que mas podian figurar en el mundo por estar dotadas de todos los dones de la naturaleza y de la fortuna, consagraron su virginidad á Jesucristo: los calumniadores del santo pastor se retractaron juridicamente: sus enemigos pidieron su amistad, abjurando por doquiera las opiniones profanas; y en poco tiempo todas las iglesias disfrutaron de una profunda paz (1).

Tan gratas nuevas llenaban de alegría á los verdaderos fieles en todo el orbe cristiano, cuando una muerte para siempre lamentable, y que desconcertó todos los cálculos humanos respecto de la conducta de Dios con su Iglesia, trastornó súbitamente las esperanzas fundadas sobre tan bellos principios. El emperador Constante, defensor tan celoso y tan necesario á la Esposa de Jesucristo, perdió en una conjuración inesperada el imperio y la vida á la edad de solos treinta años. El galo Magnencio, que habia ascendido de grado

(1) Athan. *ad Solit.*; *Socr. lib. 11, c. 24.*

en grado al primer puesto de la milicia, alentado por el cargo que se hacia á este príncipe de desatender el gobierno y tenerlo abandonado en manos de sus ministros, tomó la púrpura, mientras el emperador, amante de la caza, solo pensaba en divertirse. Estuvo tan bien urdida la trama, que ya de grado, ya por fuerza, todas las tropas reconocieron al rebelde en Autun, en donde estaba la corte, y esto con tanta prontitud, que el desgraciado Constante estaba aún cazando en los bosques vecinos. Salvóse con algunos guardias retirándose hácia la raya de España, en donde esperaba hallar mas seguridad; pero Magnencio le mandó perseguir por medio de infames oficiales, que alcanzándole en el palacio de Elna, al pie de los Pirineos, le quitaron la vida el 27 de febrero del año 350. Vetronion, que mandaba en Panonia, y Nepociano, sobrino del gran Constantino, que mandaba en Roma, habiendo tenido noticia de este atentado, tomaron los dos la púrpura bajo el pretesto de hacer justicia con una memorable venganza. Estas ofertas no deslumbraron á Constanzo, y los sujetó sin mucho trabajo. El complot de Magnencio estaba mejor combinado, y además cuando el último de los hijos de Constantino supo tales nuevas se hallaba implicado en la guerra contra los persas, que le era poco ventajosa.

Fuéle preciso acudir á lo mas urgente y abandonar el campo á Sapor, que vino á sitiarse la ciudad de Nisibe, en Mesopotamia, llave principal del imperio por aquella parte. Vióse reducida la plaza al último estrecho, y se hubiera rendido irremediamente sin el socorro de su santo obispo Santiago, tan célebre por sus milagros como por sus virtudes. En tanto que los ciudadanos sostenian una lucha muy desigual si se atienden solo los medios naturales, estaba el santo orando de dia y de noche en la

iglesia. Mas acercándose el rey de Persia á las murallas, creyó ver en ellas un hombre, cuya púrpura y diadema presentaban un esplendor indecible. Al principio creyó que era el emperador, y amenazó de muerte á los que le habian afirmado que estaba ausente. Persuadiósele sin embargo de que Constanzo estaba efectivamente harto lejos de allí, y entonces comprendió lo que significaba la vision, y que el cielo amparaba á los romanos. Arrojó desesperadamente, segun dicen, un dardo contra el cielo como para acusar de su afrenta al mismo Dios. Desde el baluarte se notaba todo esto, y San Efren, discipulo y diácono del santo obispo, fué á suplicarle que acudiese á echar su maldición sobre el ejército impío. El santo Pastor subió á una torre, y viendo aquellas tropas innumerables y soberbias, rogó al Señor que por medio de sus mas débiles criaturas manifestase su poder contra aquellos orgullosos idólatras.

Al instante, enjambres de mosquitos, tan espesos como las nubes, cayeron sobre el campamento de los infieles, y se metian en las trompas de los elefantes y en los ojos y orejas de los caballos; los cuales, rompiendo las riendas y corriendo con furia, lo llenaron todo de desorden y de confusión (1). Sapor, obligado á reconocer aun mas entonces la mano del Eterno, alzó el sitio lleno de ignominia y desesperación. De este modo se vió libre Constanzo del temor que tenia por aquella parte; y el Omnipotente, que se complace mas de nuestra sumisión que de nuestras luces, dejó morir al defensor de su Iglesia, y protegió milagrosamente á su mas peligroso adversario.

Despues de tomar la precaución de crear César á Galo, su primo hermano, á quien dejó sobre las fronteras de Persia, marchó Constanzo contra el asesino de su

(1) Philostr. *hist. lib. 3, c. 23.*